

Flavio Vegecio Renato

Lo naval en Roma

Jesús MARIÑO RODRIGUEZ

Fortuitamente llegó a mis manos un ejemplar titulado “*Compendio de técnica militar*”. Su autor es el que encabeza “*ut supra*” estas líneas y el título original de la obra : *Epitoma rei militaris*. Para ayudar a conocer a nuestro hombre conviene fijarse en las tres palabras que componen su nombre.

Flavio es el pre-nombre, es decir, el título que ostenta la persona. En la Roma del siglo IV significaba: “*vir illustris*” (ilustre varón) y quería decir que aquel que lo portaba pertenecía a la aristocracia cercana al César Emperador. También en nuestros días se conservan títulos de esta índole (excelentísimo, ilustrísimo, etc.).

Vegecio es el nombre, procedente del gentilicio de “*Vegetus*” que había alcanzado la ciudadanía romana. De aquí que “*Vegetius*” indicaba que aquel ciudadano procedía del occidente romano, es decir, de la Galia Narbonense o de la Hispania (en mayor medida de ésta última).

Por último, Renato, cuyo significado es: renacido, es el apellido y quiere decir que el tal Vegecio era cristiano, pues esta denominación –ver otros ejemplos tales como: *Redemptus* (redimido), *Renovatus* (renovado) o *Reparatus* (reparado)- representa los conceptos cristianos de la época, de renovación espiritual y conversión del acólito.

En resumen, Flavio Vegecio Renato era un aristócrata, de origen familiar hispano y cristiano que había recibido el encargo del emperador Teodosio de llevar a cabo la obra de recopilación de la tradición militar romana, con el fin de restaurar los valores del ejército de Roma, en un período de franca decadencia del Imperio acosado por los bárbaros del norte.

Cuando recibió el encargo de la **Epitoma**, Vegecio ya había iniciado, por su cuenta, una obrita sobre el reclutamiento y el adiestramiento militar de las legiones. Apoyado en tales antecedentes prosiguió su trabajo hasta lograr darle forma al Compendio.

La **Epitoma rei militaris** consta de cuatro libros, en los cuales se tratan los siguientes temas:

- Libro I. Elección de reclutas. Lugares y tipo de soldados que deben ser reclutados. Ejercicios y armas para adiestramiento.
- Libro II Costumbres de la antigua milicia para formación de la infantería.
- Libro III Técnicas necesarias para el combate terrestre.
- Libro IV. Máquinas de guerra para asedio o defensa de las ciudades.

Preceptos relativos a la guerra naval.

Resulta sorprendente que Vegetio, recopilador de las obras de distintos historiadores y preceptores de la disciplina militar romana –a las que añadió parte de su propia cosecha- y traducido a diversos idiomas a lo largo de los siglos (Maquiavelo, entre otros, lo utiliza), sea prácticamente un desconocido en el entorno militar español. Sin embargo, el elemento que llama poderosamente mi atención es el relativo al tratamiento de lo naval, descrito en el Libro IV de la Epitoma en la Roma del siglo IV; un tiempo y unas circunstancias en las cuales el mar se contemplaba de manera diferente a la concepción post-Descubrimiento, pero con parecida intensidad y dedicación.

Expuesta, de manera extractada, la situación y la personalidad de nuestro Vegetio, cumple decir al lector que todos los aparentes juicios de valor que hayan de ser volcados a lo largo de esta exposición, no deben ser considerados en sentido absoluto; otros podrán tener opinión dispar o contraria – o ambas- que anule o disperse lo que aquí trato de exponer, incluso –con cierta jactancia por mi parte- pretendo diseminar. En cualquier caso, lo que guía mi intención es el deseo profundo de obtener una réplica dialéctica, si existiese, por la misma vía (es decir, expresamente “por escrito” y “publicada”) que aquella que da luz a mis palabras. La mar y el campo, sobre todo la mar, no tienen puertas.

Nuestro Flavio, empieza su corta parte de la Epitoma dedicada al mar con unos “preceptos de la guerra naval”. El texto corresponde a la última parte de su obra y parece un tanto forzado. Ahora, en el momento que se vislumbra, con caracteres de catástrofe, el colapso del Imperio, aparece el mar. Si recordamos que se trata del siglo IV de nuestra era, tendremos que convenir lo siguiente:

- a) Roma ha sido y pretende seguir siendo un Imperio que se apoya en el poder militar de sus legiones.
- b) Roma es: la metrópolis – no la Península Apenina conocida hoy como Italia- y sus demandas comerciales (trigo, metales y piedras preciosas, telas, etc); y hay que atenderla por encima de todo.
- c) El mar, Mediterráneo, constituye la tercera parte del mundo conocido. Está rodeado, influenciado, por la tierra. Quien domina sus orillas, domina todo el mar.

En tales condiciones, Renato comienza escribiendo:

“Por encargo de tu Majestad, invencible Emperador, una vez concluidas las consideraciones relativas a la guerra en tierra firme queda por tratar, me parece a mi, la parte relativa a la guerra naval”

Puesto que los bárbaros combaten por tierra, el autor de la Epitoma concluye que el mar está pacificado. Mas no por ello lo deja arrinconado.

Intuyendo la probable interrogante que suscitará éste traer a nuestro tiempo un documento histórico tan antiguo, me siento forzado a

establecer un cierto puente comparativo –supongo que no solo útil sino justificador- entre la Roma periclitada y el mundo occidental post-Colombino.

Así, como primera premisa, conviene decir que la mar para los romanos era un medio que, al estar influido por la tierra que la encerraba, podía ser dominado mediante la posesión de sus limitadoras orillas. Para los europeos herederos de Colón, el cambio es revolucionario y provoca un giro radical en su concepción del mar; ahora resulta que, por su extensión descubierta, ocupa las tres cuartas partes del planeta y es Neptuno quien ejerce la influencia sobre la tierra firme. De este modo, los mares interiores –Báltico, Mediterráneo- conocidos, vienen a convertirse en grandes lagos, como lo son el Caspio y el Aral, pero abiertos y conectados al gran Océano Atlántico.

La Epitoma nos dice que Roma no preparaba su flota de improviso. Para obtener el alimento de Egipto y los metales preciosos de Hispania se había visto obligada a domeñar a Cartago, para tener vía franca de las mercancías que abastecían a la Metrópolis, a través de la mar. Por estas razones Augusto había creado dos Flotas permanentes: la llamada del Miseno (Tirreno) y la del Adriático, siendo sus capitales Departamentales: Campania y Ravena, respectivamente.

A cada una de las flotas estaba asignada una legión, pues el combate en la mar se hacía del mismo modo que en tierra firme, y el mando del Departamento correspondía al Prefecto de cada flota. Además de las naves liburnas -en su momento se hablará de ellas con más detenimiento-diez tribunos, uno por cada cohorte, estaban subordinados a la autoridad del prefecto.

Cada nave liburna tenía un navarca –en nuestros días equivaldría a Comandante, incluso Almirante – que además de atender al cumplimiento de las obligaciones de los marineros, se encargaba diariamente de adiestrar a los timoneles, remeros y soldados. El término latino *navarchus* –navarca- había sido tomado del griego, de manera prácticamente literal y que no reproduzco aquí por carecer de los caracteres helénicos en el teclado de nuestras máquinas.

Existía otro mando naval denominado *navicularius* –naviculario- que equivalía a lo que en nuestros días denominamos: armador, el cual, a diferencia del navarca, no tenía que hacerse a la mar pues sus competencias eran de tipo mercante. Ocasionalmente la autoridad naval –navarca- y la mercante -naviculario- podían coincidir en la misma persona.

La estrategia naval de las dos flotas, se refleja en la máxima de Vegecio “... en materia militar la rapidez suele reportar mayores ventajas que el valor”. Por ello, la flota del Tirreno se encargaba de las campañas hacia occidente (Galia, Hispania) y el sur (Africa, Cerdeña y Sicilia, Egipto) y la del Adriático apuntaba al oriente (Macedonia, Ponto, Creta y Chipre). Sin duda, pese a los inconvenientes de la navegación a remo, se llegaba antes por mar a todos aquellos puntos distantes de la metrópolis, que pretendiendo mover por tierra a las legiones. Los romanos tenían

permanentemente preparada su flota –no improvisaban- para no correr riesgos.

Hoy, transcurridos tantos siglos, todavía se utilizan en Francia los términos: Prefecto y Prefectura Marítima, aplicados al mando naval que ejerce su autoridad en Brest –para el litoral atlántico francés- y en Tolon que es la cabecera de la Prefectura del Mediterráneo, manteniéndose así la vigencia de la doctrina de Vegecio con las adaptaciones circunstanciales que corresponden a nuestro tiempo. También en España se mantuvo, hasta finales del pasado siglo, una organización similar con los tres Departamentos Marítimos –Cantábrico, Estrecho y Mediterráneo- bajo el mando de los Capitanes Generales (lo que el Prefecto francés) de Ferrol, San Fernando y Cartagena. Tales Departamentos fueron convertidos en Zonas Marítimas y posteriormente (en parte por la peculiar postura española ante las cosas de la mar) desaparecieron. La estrategia marítima de Renato es mantenida por muchos países con litoral con el propósito de defender su mar territorial y la Zona Económica Exclusiva, sin dejar por ello de sostener una estrategia naval que contemple el control del mar para operaciones de defensa de sus intereses más allá de su propio territorio.

Prosigue nuestro romano hablando sobre las naves de los liburnos, las cuales estaban mejor aparejadas que el resto y por tal razón los emperadores se decidieron por formar su flota con este tipo de barco. En adelante se hablará de liburnas para significar nave de guerra, de forma que en el siglo IV “*liburnae*” era sinónimo de “*navis*”.

Los cuatro artículos siguientes de la epitoma, se dedican a la construcción naval. Vegecio se detiene en expresar detalladamente cuál es el mejor material y encuentra los mejores árboles y se decanta por la utilización de clavos de bronce en lugar de los de hierro, ya que estos últimos se corroen y oxidan con la acción del agua y es preferible gastar más porque con los de bronce la duración es mayor al conservarse íntegros los clavos, incluso dentro del agua. El binomio actual eficacia-coste, ya es tenido en cuenta por Renato en el siglo del emperador Constantino. También indica con precisión el momento en el cual se deben talar los árboles de acuerdo con el ciclo lunar, y cuándo se deben cortar los listones para que la madera esté más seca y sea más recia, a fin de evitar las peligrosas fisuras de las tablas. Por fin habla del tamaño de las liburnas, las filas de remeros y el color de los cabos, las velas y el uniforme de los soldados y marineros. Se decide por el color véneto porque es un azul marino que evita el reconocimiento y hace que la dotación pase desapercibida, tanto de noche como de día. El número de filas de remeros llega a ser de seis (o incluso más) para grandes navíos.

Este pensamiento naval romano sería piedra angular en el paso de la marina de remo a la marina vélica, pues los cascos continuaron siendo de madera y las marinas posteriores se apoyaron en la información vegeciana para la construcción de los navíos que recorrerían y combatirían en las rutas oceánicas, hasta que la madera del casco fue substituida por el acero.

Tampoco ha de ser causa de asombro observar cómo para la construcción de los modernos navíos de propulsión mecánica y casco

metálico se tienen en cuenta similares parámetros sobre el material a emplear y el rendimiento que se pretende conseguir de los distintos tipos de buques de guerra, poniendo en un platillo de la balanza la inversión monetaria y en el otro los resultados esperados y obtenidos de la nave que se construye. Renato sigue vigente en nuestros días, *mutatis mutandi* la tecnología que tenían los romanos y la del mundo actual.

Prosigue el patricio romano dando un verdadero recital náutico mediante la detallada exposición de los fenómenos meteorológicos, cuya observación y conocimiento son fundamentales para navegar con seguridad. Advierte sobre la necesidad de reconocer los signos que previenen las tormentas, mediante la observación del cielo –precursor de la moderna meteorología- y su cariz para evitar el hundimiento de la liburna. Sin detenerse prosigue con una muy amplia y detallada descripción de los vientos, comenzando por los cardinales o principales (Norte, Sur, Este y Oeste) a los cuales aplica los nombres griegos –cuando no existe el correspondiente vocablo latino- y romanos. De esta forma podemos leer: Afeliote (Este), Noto (Sur), Céfiro (Oeste), Septentrión (Norte) y muchos más como el Euro, Abrego, Cierzo, Boreal y otros cuya evocación nos conduce hacia la poesía y la literatura de Homero y Virgilio.

Cuando no existe el nombre latino, Vegecio apunta: “*apud nos sine nomine est*” (“entre nosotros no tiene nombre”) rindiendo así tributo a la cultura griega heredada por Roma. Todo ello es un precedente del posterior “cuarteo de la rosa” que se utiliza en nuestros días y que, aún siendo más preciso –noroeste, lesudeste, nordeste, sudoeste, etc- resulta menos ensoñador y artístico.

Lo que era válido para las liburnas, continuó siéndolo para las carabelas, los galeones y, más tarde, los acorazados y portaaviones. Sin embargo, los caricistas tuvieron que ceder su lugar a los meteorólogos amparados por la información que se recibe mediante satélites, en tiempo real, de nuestros días.

Desde el artículo 38 al 42, Vegecio expone una magistral lección sobre los meses en los cuales la navegación es más segura, la forma como se deben observar los signos de tormenta, las predicciones o pronósticos del tiempo y las corrientes y mareas. Es claro el deseo del autor de la Epitoma de dar un impulso científico al arte naval de su época, mediante la observación de la luna (por su color y claridad) así como el brillo del sol en el orto y el ocaso y también la bruma, la forma de las nubes y el propio estado de la mar.

El conocimiento de las constelaciones y su recorrido celeste también fijó la atención de Vegecio para determinar la correspondiente estación anual y la posibilidad de navegar seguro.

Con lo expuesto y una detallada exposición sobre los flujos o mareas, que tanto influían en la navegación a remo (especialmente si se trataba de combatir) concluye nuestro hombre la parte exclusivamente marítima de sus “Preceptos de la guerra naval”. No hay duda de que autores del medievo y del renacimiento lo conocieron, estudiaron e incluso utilizaron los saberes que aquel fiel servidor de su Emperador dejó escritos

para la posteridad, sin habérselo imaginado. A los actuales marinos tampoco les vendría mal echar una ojeada a la Epítoma, para refrescar sus conocimientos y recordar las raíces de su profesión. Algunas de nuestras tradiciones son, en parte, heredadas de Vegecio, de una manera tan sutil que no nos hemos dado cuenta.

Prosiguiendo con el orden que el autor marca en su relato, nos encontramos con la parte que, conservando su carácter marítimo, da conclusión al compendio de la cosa bélica romana correspondiente al siglo IV de la era nuestra, cristiana u occidental, según se mire.

Para el empleo de los hombres y las armas, de forma simultánea, en cualquier ámbito, es preciso conocer tanto el sitio como el actor que desarrolla la acción. En otras palabras, se necesita saber quién interviene y dónde lo hace; lo que Renato llama: El conocimiento de los lugares y los remeros. No puedo añadir otra cosa que esto es lo mismo que hablar de la pericia y conocimientos de un comandante de buque respecto a la maniobra y arte de navegar, así como del tipo y calidad de la propulsión de la plataforma naval y su alistamiento para el combate, en todas sus actuales facetas. ¿Qué tiene de viejo Vegecio, salvo su secular edad?

Según vamos leyendo, se puede deducir que Flavio Vegecio no era marino o, si lo era, su posición pública lo tenía constreñido de tal forma que se veía obligado a una circunscripción adecuada al entorno. Debo recordar al lector que en aquella época el mar –Mediterráneo- “era” la tercera parte de la tierra. Con todo, resulta sintomático poder releer que, aunque la batalla terrestre requiere muchas clases de armas, la contienda naval “exige no sólo más clases de armas, sino también de máquinas y artillería...”. Algo parecido –y quizás más aún- a lo que se decía en las Reales Ordenanzas de la Armada: “A las cualidades que caracterizan al digno Oficial de todas las Armas, ha de añadir el de Marina, los conocimientos de los muchos Ramos de su carrera...”. ¡Qué curioso!. Diecisiete siglos después asistimos a una puesta en solfa sobre la Estrategia Naval y la Táctica Naval, vislumbradas y proclamadas por Vegecio, cuando el mar -el conocido- constituía un elemento sometido al influjo de la tierra, muy lejos, extraordinariamente lejos de la realidad de su aplastante grandeza e influencia sobre el duro continente, que nuestros descubridores y conquistadores alumbraron a finales del siglo XV.

Como quiera que el documento trata sobre la guerra, es obligado para el autor hablar de la muerte. A tal fin deja constancia de que “entre tantos tipos de muerte el más terrible de todos es que los cuerpos queden insepultos para pasto de los peces”. Para los romanos el ahogamiento impedía que el alma abandonara el cuerpo. El cristianismo propondría la solución a tal cataclismo, preconizando desde la Biblia que “el mar devolverá a sus muertos”.

Nuestro Flavio concluye sus Preceptos navales relatando en dos últimos capítulos cómo se deben realizar ataques por sorpresa y emboscadas a la flota enemiga, así como lo que se debe hacer cuando se entabla una batalla “campal” en el mar. Como ya he apuntado en párrafos precedentes, no ha de causar asombro el empleo del adjetivo campal amordazando al que lógicamente procedería cuando se habla de un

combate en la mar. El latín poseía –y lo posee aún- el término “*navalis*” – *navale proelium* significa: batalla naval- e incluso la palabra “*maritimus-a-um*” de inconfundible y fidedigna expresión española del adjetivo al que se hace referencia: marítimo. No le demos más vueltas a la noria. La razón de llamar campal a una batalla naval procede, lisa y llanamente, de la concepción lacustre del Mediterráneo y de la enorme influencia que la tierra –las fuerzas terrestres; las legiones- tenía sobre aquel “Mar Nuestro”.

No me cuesta un solo ardite manifestar que, pese a esos “*lapsus calami*” de Vegetio, nuestro hombre se preocupó sobremanera de conocer las cuestiones del componente naval romano. Así, no le duelen prendas al decir que la formación para el combate de las liburnas no debe ser “en línea como en tierra, sino en arco” y que “En las alas se debe situar las mejores liburnas y los mejores soldados”.

Para la batalla en el mar afirma que la ventaja es de la flota que dispone del mar “abierto y profundo” para que la enemiga se vea “empujada hacia la costa”. Siglos después, con la marina vélica, tal aserto sería substituido por “tener el barlovento” para disponer de la iniciativa del ataque. También informa sobre las armas que “contribuyen en gran medida a la victoria”: los “*asser*es” (trancas), las “*falces*” (hoces) y las “*bipennes*” (hachas de doble hoja). Con estas últimas se tratará de cortar los guardines del timón del buque enemigo para dejarlo sin gobierno y, de esta forma, poder capturarlo.

El Poder Naval romano permitió la derrota de Cartago y, con la ocupación de las orillas del Mediterráneo, el dominio de Roma fue absoluto. Sin embargo, para la historia pasan desapercibidas las batallas navales (algo hay sobre la de Accio, pero se trataba de lucha entre romanos) y sólo quedan para el recuerdo los combates en tierra firme como Trebia, Zama y, más recientemente, Waterloo y Stalingrado. Pero ni Zama ni Waterloo hubieran sido posibles sin el dominio del mar de Roma e Inglaterra, respectivamente. Vegetio nos permite vislumbrar esa importancia de la estrategia y la táctica navales.

Nuestros contemporáneos pueden tener memoria de Las Navas de Tolosa, Calatañazor, San Quintín, Bailén, como grandes hechos testigos de la hegemonía española. Se olvidan, quizás ni han llegado a saberlo, de Rocroi, Annual, Alarcos. Sin embargo a casi todos les suena Lepanto, Trafalgar y también Cuba (El Caney) y Filipinas (Luzón), como puntos culminantes de la gloria y el desastre. Las pérdidas en la mar tienen una repercusión duradera; la tierra todo lo tapa. Los pueblos de condición marítima – Grecia, Roma, España, Inglaterra, EEUU, Japón, etc- necesitan poseer un Poder Naval adecuado, para mantener su influencia en el mundo. Las islas y las penínsulas (término que significa casi isla) por descontado, ya que su vida –el comercio, las relaciones humanas, la cultura- depende fundamentalmente del libre uso del mar y para asegurarlo han de disponer de una Fuerza Naval eficaz.

Llegados a este trance, debo manifestar concluso el ejercicio de pensar sobre el Epitoma de Vegetio, en su aspecto puramente naval. No

escribió más sobre el asunto nuestro egregio antepasado. Mas no por ello debe el lector suponer que tal legado haya caído en saco roto.

Sin hacer concreta mención al autor y su obra, Europa se ha nutrido a lo largo de los siglos del trabajo de Vegecio, ordenando y disponiendo que se tradujese al prócer romano a las diversas lenguas del Continente para provecho de líderes, gobernantes y pensadores –vuelvo a recordar a Maquiavelo, ya citado- que buscaron una solución política y estratégica a las cuestiones circunstanciales de la era en la cual les tocaba vivir. A mi modo de ver, nada de esto habría ocurrido si Flavio Vegecio Renato no hubiese tocado la raíz de las cosas militares y, particularmente, las que atañen a la marina de su tiempo. El mar y su dominio constituyen un básico pilar del Imperio Romano. Cartago sucumbe ante Roma porque ésta domina la mar y los Barca caen definitivamente, dejando en manos del César las dos orillas, norte y sur, del Mediterráneo. Con las riberas ocupadas por las legiones, nada se opone al libre tráfico marítimo entre los puertos romanos; hasta aquí llega la impronta del yelmo de Escipión.

En los treinta y tres capítulos, mejor llamarlos artículos, que Renato dedica a los “Preceptos de la guerra naval” están perfectamente plasmados cuatro conceptos básicos de lo que, en nuestros días, denominamos Poder Naval (Sea Power) cuya representación física es la Armada –en España- o las Marinas de Guerra, según los países a los que se haga mención. Aquellos conceptos a los cuales hago referencia previamente son: orgánica, táctica, estrategia y logística.

Estos Principios, preexistentes a la publicación del compendio vegeciano y mantenidos a través de los tiempos –de ahí la consideración de: principios- constituyen la sólida base, la esencia, del Poder Naval representado de modo tangible por la Fuerza Naval de las naciones en las cuales el mar se constituye en elemento imprescindible para sobrevivir y trascender ante el mundo. Ello es así, porque:

- La Orgánica Naval viene a ser el esqueleto en el que se apoya el Poder Naval, mediante el establecimiento de la doctrina, las normas, los reglamentos en los cuales se fundamenta la jerarquía y las relaciones de mando, subordinación, conexiones funcionales, técnicas y administrativas; todo lo cual permite el funcionamiento adecuado de la institución Naval. Sin organización orientada hacia la mar, no pueden existir las marinas de guerra. Sin una marina de guerra, huelga hablar de Poder Naval.
- La Táctica Naval es la musculatura de la Fuerza Naval, porque proporciona el vigor y la energía para aplicarlos en el combate, mediante las armas y los movimientos de las plataformas marítimas presentes en el escenario de la acción. De su correcta aplicación, a través de la selección de un dispositivo o formación adecuada y el coraje de las dotaciones de las unidades navales depende el éxito de la batalla naval.
- La Estrategia Naval, siguiendo el símil biológico que he escogido, se corresponde con el cerebro del Poder Naval que

conjugando la voluntad-impulso de hacer- y la inteligencia-conocimiento de todo lo que sucede, próximo o lejano- orienta las energías marítimas nacionales para ganar la guerra, no sólo en lo que atañe a la libertad e independencia del país sino también a los intereses generales de la nación. Se trata de mantener una presencia naval desde el litoral nacional hasta más allá de la alta mar, donde nuestro pabellón esté presente.

En el mundo actual, gracias a los fenomenales avances tecnológicos –velocidades de las plataformas, alcances y precisión de las armas así como su capacidad letal y las distancias de detección de los diferentes sensores- se ha producido una aproximación notable de la táctica hacia la estrategia. No es muy aventurado vislumbrar, en un futuro no lejano, la fusión de ambos conceptos en uno solo.

- La Logística Naval consiste en las vísceras de la Potencia Naval porque proporciona el sostenimiento de la Fuerza, mediante la aplicación de las provisiones de elementos materiales y humanos, así como el mantenimiento y entretenimiento de los equipos de las unidades de combate, en el momento y lugar oportunos y adecuados. Las bases fijas en tierra –arsenales, puertos, talleres, almacenes, pañoles, cuarteles, etc.- y las móviles en la mar –buques de aprovisionamiento, transportes, hospitales, etc.- constituyen la estructura logística naval.

La mutilación, total o parcial, de cualquiera de estos Principios supone el inicio de una derrota conducente al óbito del Poder Naval de una nación. Sin una organización adecuada; sin una capacidad suficiente de combate; sin una voluntad de defensa de los propios intereses en el mundo; sin los recursos precisos para mantener la Fuerza Naval, huelga hablar de dominio del mar, control del mar e incluso del ejercicio del derecho del mar.

Desde los capítulos de su multiseccional Epitoma, Flavio Vegecio Renato continúa recordándonos la inmensa importancia que la mar tiene para las naciones de condición marítima, y la necesidad imperiosa que tales países han de sentir para poseer un Poder Naval que les permita desarrollarse y progresar a lo largo de la historia